

LA CASA DELLA CULTURA. UN ESPACIO DE SOCIABILIDAD CULTURAL ANTIFASCISTA UNITARIO EN EL MILÁN DE LA GUERRA FRÍA (1946-1956)

Paola Lo Cascio
(Universitat de Barcelona)

Los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial representaron para Italia unos años decididamente difíciles desde un punto de vista económico y social, pero a la vez unos años especialmente fecundos desde un punto de vista político y cultural. El contexto es en gran parte conocido: Italia había sido desde el verano de 1943 teatro de guerra, en la mitad meridional bajo el control de las tropas aliadas que desde Sicilia iban expandiéndose hacia la capital, en el Norte, ocupada por los nazis y bajo el control del gobierno colaboracionista y fascista de la República de Saló. En el medio una fuertísima presión militar aliada, unos enconadísimos combates en líneas de frente cada vez más al norte (primero la línea Gustav a la altura de Cassino y después la llamada línea Gótica que atravesaba prácticamente el conjunto de la Pianura Padana), las deportaciones, los bombardeos y, sobre todo la lucha armada de las fuerzas antifascistas que -especialmente en el Norte-, fueron determinantes para la liberación de pueblos y ciudades. La *Resistenza* había sido el gran fenómeno político (aún más que militar)³⁵²⁹ que había permitido a Italia dejar rápidamente atrás el reciente pasado fascista. Y justamente el antifascismo se convirtió en el punto de encuentro de aquellas tradiciones políticas y culturales que se encargarían de conquistar la democracia después del *ventennio*. Un antifascismo que se reivindicaba a sí mismo como en primer lugar democrático, patriótico e unitario, que abarcaba desde los católicos hasta los comunistas (quienes más habían contribuido efectivamente a la lucha armada), pasando por los socialistas y los partidos laicos.

En este sentido, el bienio 1945-1947 sería claramente un bienio fundacional en el cual, la colaboración inaugurada a partir del final de 1943 entre los partidos antifascistas se prolongaría en una colaboración institucional a través primero del Comitato di Liberazione Nazionale (CLN), después -después del referéndum del 2 de junio, en que prevalecería la opción republicana-, en la asamblea constituyente, y en los gobiernos de unidad que se sucedieron hasta la primavera de 1947. La culminación de este momento de unidad sería sin ninguna duda la aprobación de la Constitución, a partir de la entrada en vigor de la cual, y, en paralelo al tremendo cambio representado por la consolidación de los bloques de la guerra fría marcaría la ruptura de la unidad y la marginación de las fuerzas comunistas y, en un primer momento, socialistas.

Sin embargo, muchos factores hicieron que la «unidad antifascista» fraguada durante la *Resistenza* tuviera, a pesar de la tremenda batalla política e ideológica -especialmente fuerte en torno a las elecciones de 1948-, se mantuviera en algunos importantes niveles de la vida civil del país especialmente en algunas zonas del país.

³⁵²⁹ El debate político, además de historiográfico en torno a la *Resistenza* ha sido especialmente vivo en las últimas décadas. Para una panorámica, véase Filippo FOCARDI *La guerra della memoria: la Resistenza nel dibattito politico italiano dal 1945 a oggi*. Bari, Laterza, 2012.

Fue este el caso de algunas de las iniciativas culturales, y seguramente fue el caso de Milán. Milán había sido el epicentro político del movimiento de la Resistencia. Allí, ya en agosto de 1943 se habían empezado a producir las primeras reuniones de antifascistas dando lugar a las primeras estructuras de coordinación que acabaron presionando para que se forzara la firma del armisticio del 8 de septiembre de 1943 y la constitución del Comitato di Liberazione Nazionale el día siguiente. A partir de entonces en Milán estuvo operativo el Comitato di Liberazione Nazionale Alta Italia (CLNAI), que integrado por el Partito Comunista Italiano (PCI), Partito Socialista Italiano (PSI), Partito d'Azione (PdA), Democrazia Cristiana (DC) y Partito Liberale (PLI) coordinaría las acciones de los partisanos en toda la parte septentrional del país. En Milán se habían vivido las últimas y convulsas horas del conflicto: fue el CLNAI a convocar a la insurrección general el 25 de abril de 1945, y también en Milán fueron expuestos los cadáveres de Clara Petacci y Benito Mussolini tres días después.

Milán era pues la capital del antifascismo en 1945. También había sido y era una ciudad metropolitana, industrial, con un marcado acento europeo en la cual la cultura y la producción se habían históricamente relacionado a partir de una dinámica de complementariedad virtuosa. Los dos elementos -el humus de un antifascismo difuso y enraizado en la ciudad y la tradición de ciudad productiva pero rica en el debate intelectual-, hacen de Milán un ecosistema especialmente interesante para analizar los fermentos de renovación cultural asociados al antifascismo después de la liberación.

Esta comunicación se propone avanzar un primer análisis de una de las formas en que se conjugaron estos fermentos de renovación, encarnándose en la experiencia de la Casa de la Cultura de Milán. No fue la única experiencia de este tipo en la ciudad, pero sí la que más proyección tuvo. Ni tampoco fue la única Casa de la Cultura: centros parecidos se crearon en otras ciudades (también en Roma). Sin embargo, ninguna de ellas consiguió el prestigio y la capacidad de incidir en el debate que tuvo la iniciativa de la capital lombarda. Esta comunicación se centrará en el análisis de los diez primeros años de vida de la Casa della Cultura de Milán desde su fundación hasta los hechos de 1956, que amenazaron con romper su carácter unitario. En una primera parte se analizará la fundación y sus primeros compases, hasta 1948, año de las primeras elecciones generales italianas claramente enmarcadas en el contexto de la Guerra Fría. Una segunda parte se centrará en los años que van de 1948 a 1956, cuando después de la debacle de las izquierdas, se intensificó el papel de la capital lombarda como lugar de resistencia frente al aislamiento político y cultural de las izquierdas y a la vez de elaboración política. En este apartado se dedicará una atención especial al papel desempeñado como secretaria de la Casa de la dirigente del PCI Rossana Rossanda (y al extraordinario impulso que esta circunstancia supuso para la institución) así como se analizará el impacto que los hechos húngaros de 1956 y sus consecuencias sobre la vida de la institución. Finalmente, en un pequeño apartado conclusivo se abordarán las razones que se creen determinantes para que esa experiencia tuviera lugar en la forma en que lo hizo, y se avanzarán hipótesis en torno a su legado en términos culturales y políticos.

1945-1947. Todo está por hacer, y todo es posible. Nacimiento y consolidación de la Casa de la Cultura de Milán

En el marcado espíritu de innovación y reconstrucción del país después de la guerra, Milán ocupa un lugar especial. Si en Roma se concentró el grueso de un nuevo poder destinado inevitablemente

a medirse con los restos -burocráticos, administrativos, inerciales- del viejo poder, en Milán se jugaría la batalla de la recuperación y la innovación económica³⁵³⁰.

Vale la pena remarcar como la «capitalidad económica» había sido una característica tradicional de la ciudad y a ello se había asociado una larga tradición como epicentro de una cultura moderna, en la cual las fuerzas del trabajo y del capital se habían enfrentado duramente, pero también habían encontrado formas de relación. Milán poseía una tradición de izquierdas reformista consolidada: a partir de finales del siglo XIX había sido la cuna del socialismo gradualista (Filippo Turati y Anna Kulishoff habían desarrollado ahí su trayectoria política e intelectual), de las sociedades mutualistas, de los impulsos municipalistas de carácter social, de las cooperativas y de una cierta relación dialéctica pero no impermeable con los sectores más dinámicos y modernizadores de los industriales³⁵³¹. Ello se reflejaría en el gobierno de la ciudad: Milán había tenido alcalde socialista desde 1914 de forma ininterrumpida hasta la llegada del fascismo.

El socialismo volvería a tener un papel hegemónico también justo después de la Liberación: Antonio Greppi, socialista reformista del PSI (posteriormente se añadiría a la escisión atlantista de Saragat, en 1949), se hizo con la alcaldía al frente de un equipo municipal que reunía todos los partidos antifascistas y en el cual los comunistas jugarían un papel destacado. En definitiva 1945 Milán era, a todos los efectos, la capital del llamado «viento del norte», expresión utilizada para indicar los aires de renovación «revolucionaria» que el propio movimiento de la Resistencia había traído consigo. Se trataba de un cambio importante: ahora se tendría que conjugar la tradición reformista clásica con los impulsos de regeneración más avanzados derivados de la nueva situación.

El panorama cultural de la ciudad reflejaría este nuevo contexto: sólo para referirse a la actividad editorial, cabe recordar en primer lugar la aparición de «Il Politecnico»³⁵³², la revista dirigida por Elio Vittorini, seguramente la más famosa, editada por Einaudi y con un consejo de redacción integrado por intelectuales del calibre de Franco Calamandrei, Franco Fortini o Vito Pandolfi. Pero «Il Politecnico» no estaba sola: «Stato moderno» y los «Nuovi Quaderni di Giustizia e Libertà», o «Rassegna d'Italia», revista literaria y artística dirigida por Francesco Flora, que tenía ecos de la cultura secular liberal vinculada al pensamiento de Benedetto Croce. En todas estas aventuras culturales, los intelectuales comunistas jugaban un papel determinante. Juntamente a Vittorini, el otro personaje absolutamente central en el renacimiento milanés de los primeros años de la posguerra fue Antonio Banfi³⁵³³. Filósofo, comunista que entre 1940 y 1944 (cuando la revista había sido finalmente censurada, para retomar sus publicaciones en 1946), había sido el responsable de la revista «Studi Filosofici», un intento de romper con la tradición idealista predominante en Italia antes y durante la dictadura. Alrededor de Banfi se formó en ese período un grupo muy interesante de jóvenes estudiosos: Enzo Paci, Giulio Preti, Remo Cantoni, Giovanni Maria Bertin, Luciano Anceschi, Dino Formaggio entre otros. Todos ellos compartían pasión política e inquietudes culturales diversas, no únicamente filosóficas, y todos ellos serían protagonistas y animadores de la vida cultural de la ciudad después de la Liberación.

³⁵³⁰ Guido CRAINZ. *Storia del miracolo italiano: culture, identità, trasformazioni fra anni cinquanta e sessanta*. Roma, Donzelli Editore, 2005.

³⁵³¹ Marina BACCALINI PUNZO *Il Socialismo riformista a Milano agli inizi del secolo*. Milano, Franco Angeli, 1981.

³⁵³² Marina ZANCAN: *Il progetto «Politecnico»: cronaca e strutture di una rivista*. Padova, Marsilio, 1984.

³⁵³³ Francesco LUCIANI. *Incontro con Banfi*. Presenze Ed., 1987.

El dinamismo de Banfi se reveló decisivo para la concreción de iniciativas palpables. Justo después del 25 de abril impulsaba la creación del Fronte della Cultura, un organismo que, según sus estatutos, tenía tres objetivos fundamentales:

- a) dar vida a actividades que promuevan, profundicen y amplíen un clima de interés común y comunicación mutua entre los hombres de cultura y las masas populares; b) realizar una comunión libre y concreta de los intereses culturales de todas las fuerzas intelectuales, en su participación activa en la vida del país; c) promover acciones destinadas a cerrar la brecha entre el mundo universal y el mundo de las especializaciones técnicas³⁵³⁴.

Se trataba de un programa muy claro que dibujaba unas directrices de actuación ambiciosas que ambicionaban a definir y clarificar el concepto de cultura y de su función social en la nueva fase. Se trataba de un impulso en pos de superar una vez por todas el elitismo (liberándolo de cierto paternalismo propio del socialismo reformista de antes de la guerra e invocando la comunicación en pie de igualdad de intelectuales y clases populares); la implicación completa del mundo de la cultura -entendido en su sentido más amplio- en la reconstrucción del país; y finalmente la superación de un concepto meramente humanístico (y por ello distante) de la cultura para que todas las competencias técnicas tuvieran el lugar más destacado. Un programa, en cierta manera del todo «milanés»: mientras recogía la tradicional presencia de un planteamiento más concreto -y ligado a la producción- del trabajo cultural, se hacía cargo de la nueva situación tanto en términos de palin génesis cultural política y social cultural del país como, en definitiva de la necesidad de que las masas populares tuvieran un papel protagonista.

Tanto Vittorini como Banfi fueron nodos imprescindibles de redes de contactos y colaboraciones (que involucraban intelectuales, políticos pero también elementos del tejido productivo y financiero de la ciudad), y ambos unían a sus capacidades especulativas unas destacadas competencias de organizadores culturales. Aunque de temperamento muy diferente, sus caminos se cruzaron a fondo en aquella primavera de la cultura milanés estrechando unas complicidades profundas que solidificaron justamente en la creación de la Casa de La Cultura.

La iniciativa fue de Banfi -que por aquel entonces también colaboraba a menudo con Il Politecnico-, pero Vittorini le acompañó como colaborador desde el primer momento: la Casa de la Cultura fue inaugurada en el marzo de 1946 en un local centralísimo de la via dei Filodrammatici. El lugar elegido -en medio de una ciudad seriamente menoscabada por los bombardeos-, era de por sí un mensaje: se trataba del corazón del Milán rico y burgués y el emplazamiento de una institución de esas características en esa zona mostraba plásticamente la voluntad de poner en marcha una nueva etapa.

Ferruccio Parri, milanés, procedente de las filas del Partido d'Azione, protagonista de resistencia (el comandante Maurizio)³⁵³⁵ y jefe de gobierno en los primeros meses después de la guerra, fue nombrado presidente (pronunciando el día de la inauguración una conferencia titulada significativamente *La cultura al servizio della verità e della democrazia*). Parri había sido un antifascista de la primera hora, había participado en la organización de la salida del líder socialista

³⁵³⁴ Cit. in Giovanni A. SCIROCCO: «Le fiaccole di Prometeo». Circoli politico-culturali e centro-sinistra a Milano (1957-1969). In: *Milano, Anni Sessanta. Dagli esordi del centro-sinistra alla contestazione*. Milano Lacaita, 2008, p. 139.

³⁵³⁵ Sobre Parri durante la Resistenza Aldo ANIASI *Parri: l'avventura umana, militare, politica di Maurizio*. Roma, RAI-ERI, 1991.

Filippo Turati del país en 1926, después había sido represaliado por la dictadura. Se trataba de una figura políticamente y moralmente indiscutible, profundamente arraigada en el tejido del antifascismo milanés. Antonio Banfi asumió la vicepresidencia, y entre los primeros miembros figuraban intelectuales y operadores del mundo de la cultura de las diferentes tradiciones antifascistas como Valentino Bompiani, Carlo Carra, Raffaele De Grada, Giulio Einaudi, Livio Garzanti, y luego Mattioli, Morandi, Montale, Manzu, Pajetta, Treccani, Venanzi, Wittgens y Sereni. Elio Vittorini fue uno de los primeros entusiastas colaboradores y declaró en más de una ocasión que La Casa de La Cultura era una especie de «Politecnico hablado».

El centro de via dei Filodrammatici acabó siendo un lugar de encuentro al servicio de diferentes entidades culturales. En la Casa de la Cultura desarrollarían sus actividades el Fronte de la Cultura de Banfi, pero también la compañía teatral Diogene, de Virgilio Tosi, Mario Apollonio y Giorgio Strehler (que de allí a poco, y gracias al trabajo del alcalde socialista Greppi, fundarían Il Piccolo Teatro), o, también el Movimento Studi per l'Architettura, dirigido por Ignazio Gardella (que unía a las competencias arquitectónicas también las más aplicadas del design) o la Società per le Belle Arti Esposizione Permanente, liderada por Carlo Accetta o el Centro economico per la ricostruzione bajo la batuta de Antonio Pesenti, que sería posteriormente vicepresidente del IRI.

Sólo mirando al primer año de vida de la nueva institución es posible captar la envergadura de aquella operación cultural: el 3 de julio Jean Paul Sartre habló en sus locales de existencialismo es un humanismo; Piero Calamandrei llevó a cabo dos conferencias, el 8 de diciembre de 1946 de Cesare Beccaria y 9 sobre el poder judicial en el nuevo orden constitucional italiano; unos días más tarde, el 17 de diciembre, Cesare Musatti, trajo en Italia con una brillante conferencia los ecos de la última frontera de la ciencias psicológicas, en un país en que el fascismo había desterrado durante más de veinte años esa disciplina.

Sin embargo, los prometedores inicios se vieron amenazados por la rápida y dramática evolución del contexto político nacional e internacional. La rápida solidificación de los dos bloques de la Guerra Fría a partir de la primavera de 1947 tuvo repercusiones importantes: mientras los comunistas y los socialistas italianos eran expulsados del gobierno nacional (y en el gobierno municipal las tensiones se hicieron fuertísimas aunque no se llegó a la ruptura hasta el 1949), todo el cuadro iba evolucionando hacia una contraposición que amenazaba con cobrarse como primera víctima exactamente aquella unidad antifascista que había hecho posible el nacimiento del centro de via dei Filodrammatici.

Se entraba en otra fase en la cual la contraposición ideológica significaría también una cierta convocatoria a los intelectuales a que tomaran partido. El famoso choque entre el secretario comunista Palmiro Togliatti y el mismo Vittorini en torno a la «autonomía de los intelectuales» fue una manifestación palmaria de ello. Quién pagaría el precio de ese conflicto, en ese caso, fue «Il Politecnico», que dejó de publicarse a finales de 1947. La Casa della Cultura milagrosamente resistió, aunque experimentara todas las tensiones del momento: desde las críticas de los intelectuales no comunistas a los procesos de Praga del febrero de 1948, hasta la durísima campaña electoral que conduciría a la sonora victoria de la DC en el abril del mismo año. Se cerraba una etapa, y forzosamente se tenía que abrir otra a partir de un nuevo contexto, más polarizado y más difícil. Un hilo muy tenue de colaboración -en ello seguramente ayudó la circunstancia de que el PSI mantuvo, a pesar de sufrir una escisión de su ala derecha, la unidad de acción con el PCI-, seguía existiendo. No era mucho. Pero de aquel hilo se volvería a tejer la trama de la nueva etapa.

1948-1956. Renovación en tiempos inquietos: «la obra maestra de la Rossanda»

Realmente la Italia que se despertó con la aplastante victoria demócratacristiana en las elecciones de 1948 parecía estar años luz de aquel país en fiesta de la primavera de sólo tres años antes. Se inauguraban unos años de repliegue y suspicacia, ayudados por un contexto internacional de contraposición absoluta. La izquierda italiana todavía disponía de un prestigio cultural mucho por encima de lo que había demostrado ser su fuerza electoral. Y, sin embargo, el miedo a una rápida «normalización» era palpable. Especialmente por parte del PCI se percibía un claro peligro de quedar política y también culturalmente aislados. Todo ello llevaría a un largo debate interno al partido, planteado sobre la base de dos exigencias: la incorporación del «trabajo cultural» como una herramienta central de la propia acción orgánica del partido; y, a la vez, la capacidad de mantener y posiblemente ensanchar -fijando el antifascismo como valor vertebrador-, las redes de colaboración con otros actores. La primera exigencia se saldó con la construcción de la llamada Commissione Culturale en 1949, un órgano que tenía el cometido de organizar y coordinar todas las tareas de los intelectuales comunistas. La segunda se resolvió con un aumento de las iniciativas pensadas para ser puestas al servicio de la sociedad³⁵³⁶, y, a la vez con un aumento de la presencia y del dinamismo de los intelectuales miembros del partido en las iniciativas unitarias³⁵³⁷. Este último elemento fue el que llevó a una dirigente como Rossana Rossanda a comprometerse a fondo en La Casa della Cultura de Milán, con responsabilidades crecientes hasta llegar a la secretaría a partir de 1952.

Nacida en Pula en 1924 e hija de un entorno burgués, espejo del legado intercultural austrohúngaro, creció en Venecia con sus tíos - cuando su padre fue, literalmente, arruinado por la crisis del '29 (la «catástrofe sin nombre», como relata en sus memorias)-, y luego se mudó en Milán, donde terminó sus estudios. El fascismo casi pareció resbalar sobre ella en la infancia. El antifascismo en cambio, se lo encontró de cara y decidió abrazarlo, junto al descubrimiento de la cultura, en Milán, cuando, aún estudiante del Liceo Manzoni entró en contacto con Antonio Banfi (más tarde se casaría con su hijo), y con el historiador del arte Matteo Marangoni. En Milán la

³⁵³⁶ Con esta finalidad se creó, por ejemplo de la Fondazione Gramsci, que había de centralizar toda la documentación relativa al filósofo y fundador del PCI pero, a la vez aspiraba a convertirse en un centro de investigación de alto nivel sobre el movimiento obrero e internacional. CITA.

³⁵³⁷ Fue esto el caso de la Alleanza Per la Cultura, que ya en febrero 1948 había recogido más de doscientos firmas para una cultura «nacional, libre y democrática», a la cual se adhirieron personalidades de diversa procedencia antifascista y que continuó sus actividades también después de las elecciones de abril. Por otra parte, en 1950 se organizó el congreso Cultura e Resistenza en Venecia. La DC intentó boicotear la iniciativa, vetando la participación de intelectuales católicos, que pero finalmente participaron. En el texto de convocatoria del Congreso, firmada entre otros por Corrado Alvaro, Ranuccio Bianchi Bandinelli, Roberto Battaglia, Benedetto Croce, Arturo Carlo Jemolo, Gino Luzzatto, Mario Pannunzio, Ignazio Silone, Antonello Trombadori, Leo Valiani, se podía leer: «Frente a la pérdida, la ingratitud e incluso la negación de lo que fue la gran lucha ideológica y la conducta práctica contra el fascismo desde el movimiento de Resistencia, tan pronto durante el *ventennio* y luego abiertamente y con éxito en los años 1940-1945, nosotros los hombres de cultura no separados de la realidad de los grandes problemas nacionales, también queremos expresar por parte nuestra, la devoción sentimental específica y la fidelidad a razones históricas (...) de la Resistencia: sin vanagloria queremos potenciar los valores más altos, reconocer y calificar los méritos, y desarrollar los gérmenes fructíferos que dejó, porque entre nuestro pasado reciente y este duro presente, no se perciba como una zanja, ni como un muro que separa irremediamente de nuestras conciencias del sentido continuo de nuestra vida histórica». Cfr. Santino SALERNO *A Leonida Répaci Dedicato dal '900*, Soveria Mannelli, Rubettino, p. 207.

atrapó el 8 de septiembre y permaneció en la capital lombarda, donde se unió a la Resistencia, con el nombre de «Miranda». Una historia similar a la de muchos otros jóvenes de la época, «antifascistas de guerra». Muchos, precisamente en esta etapa, maduraron el deseo de unirse al PCI. En su caso, la adhesión pronto se transformó en un compromiso y en una creciente responsabilidad orgánica. Después de la guerra estuvo por un breve tiempo en Roma y luego volvió a Milán, en donde -en el marco del post-1948- estaría destinada a ser enlace entre el partido y los intelectuales.

Rossana Rossanda reunía dos características que se revelaron importantes para hacerse cargo de La Casa de la Cultura en la postraumática etapa del principio de los años 50. En primer lugar, se trataba de una dirigente importante de la política cultural de los comunistas italianos, con una capacidad de interlocución fluida con los niveles más altos del partido y con el mismo Palmiro Togliatti. Ello garantizó que la apuesta sobre el centro milanés fuera continua, y en parte autónoma con respecto a la dogmática federación comunista milanese de aquellos momentos. En segundo lugar, Rossanda se había socializado políticamente en la Milán del antifascismo unitario. Este elemento fue importante a la hora de reconstruir las relaciones que se habían deteriorado o en evitar que otras se rompieran. A pesar de las inevitables discrepancias continuó siendo una interlocutora fiable y de consenso tanto por los socialistas como por los laicos como, incluso, por los intelectuales católicos.

Ciertamente en la recuperación del dinamismo del centro -que ahora se había mudado en via Borgogna, abandonando el antiguo e prestigioso edificio de Via dei Filodrammatici, ocupado significativamente por un círculo monárquico- jugó también un cierto papel la progresiva relajación de la confrontación, al menos en términos culturales, seguida a la muerte de Stalin. En el conjunto del país volverían a aparecer iniciativas culturales unitarias de una cierta envergadura -sin ir más lejos en Bolonia la creación de la revista y sucesivamente de la editorial Il Mulino-; y esto se acabaría notando en la nueva Casa de la Cultura dirigida -de facto- por Rossana Rossanda. La implicación de la dirigente se tradujo en un planteamiento enérgico (la presencia comunista se mantuvo o incluso se incrementó), pero abierto, en línea con la naturaleza unitaria de la institución. Reforzaría la colaboración con los socialistas y -aunque fuera a veces en contraste con la misma federación milanese del PCI-, centraría el planteamiento de las actividades de la institución en una cierta tradición ilustrada e humanista propia de la ciudad, no estrictamente comunista. Fue la Rossanda quien posibilitó la designación como Presidentes, después del mandato de Ferruccio Parri, primero de Carlo Arnaudi, futuro ministro socialista de investigación científica,³⁵³⁸ y después del psicoanalista Cesare Musatti, también de área socialista y colaborador del emprendedor Adriano Olivetti³⁵³⁹. Por otra parte se reforzaba la presencia de intelectuales no comunistas también en la junta: Antonio Ghiringhelli, Ernesto Nathan Rogers, Luigi Rognoni, Sergio Antonielli, Paolo Grassi, Raffaele Mattioli (presidente del Banco Comercial que financiaría

³⁵³⁸ La decisión de incluir un perfil como el del científico Arnaudi no fue casual, porque reforzaba la concepción milanese de una cultura no únicamente ligada a las humanidades sino también a la técnica y a la producción. Comentaría Rossana Rossanda sobre las diferencias entre la Casa de la Cultura de Roma y de Milán: «Vimos a distancia las vicisitudes de la Casa de la Cultura de Roma, que apenas se movió de luchas entre pintores, y demasiado dependiente de Botteghe Oscure [la sede del PCI]». Cit. en: Rossana ROSSANDA «Di sera si andava in via Borgogna», en: Gianni CANOVA *Cinquant'anni di cultura a Milano*, Milano, Skira, p. 56.

³⁵³⁹ Sobre la figura de Adriano Olivetti en esa coyuntura, véase Stefano SEMPLICI *Un'azienda e un'utopia. Adriano Olivetti 1945-1960*, Bologna Il Mulino, 2001.

la Casa³⁵⁴⁰), Marco Zanuso, Guido Piovene y, por un breve periodo de tiempo (aunque fuera «desconcertado», recuerda Rossanda) Eugenio Montale³⁵⁴¹. En cierta forma se había evitado el desastre y se volvía a caminar, con fuerzas renovadas. Como recuerda Fulvio Papi en una hermosa evocación de los primeros tiempos de la Casa de la Cultura «la obra maestra de Rossana Rossanda era construir con los aliados políticos, personalidades por otra parte lejanas de los conformismos de partido, la autonomía de la institución»³⁵⁴².

A pesar del renovado activismo -por el «más famoso sótano de Italia», pasó la flor y la nata de la intelectualidad europea y se llegó a la cifra de más de tres mil socios-, la Casa estaría destinada a vivir en breve unas nuevas tensiones mucho más fuertes que aquellas vividas en 1948 y que amenazarían realmente con su supervivencia. En este sentido, el año crucial fue el 1956. Las turbulencias habían empezado en la primavera: las revelaciones del XX Congreso del PCUS y el inicio del proceso de destalinización habían abierto dentro los dos grandes partidos de la izquierda, el PCI y el PSI debates profundos. La tensión aumentaría de manera notable con los hechos polacos de la primavera y estalló del todo con la revuelta húngara del otoño y la sucesiva represión soviética.

El PSI de Nenni no sólo condenó la actitud soviética sino que sobre la base de esa censura firme rompió la colaboración que su partido había protagonizado con los comunistas a partir de 1934. Era lo que se llamó en su momento «el giro autonomista». Como es notorio, en cambio, el PCI no condenó la represión, y es más, definió «contrarrevolucionaria» la revuelta encabezada por Nagy. Se puede decir que los meses de verano y de otoño de 1956 sometieron el grueso del partido comunista italiano a una prueba de estrés durísima. Desde un punto de vista orgánico, mientras muchas agrupaciones locales y sectoriales celebraban asambleas en que se redactaban documentos se condena de los aliados soviéticos, la dirección se mantuvo firme en su criterio aunque el debate fue profundo y muchas veces enconado. Posteriormente el perímetro de la disconformidad (había sido especialmente fuerte en la federación juvenil), sustancialmente se reabsorbió. Los tremebundos ataques anticomunistas en la prensa -y en algún caso incluso físicos- de aquellos meses funcionaron como un elemento de cohesión y autodefensa³⁵⁴³. A la hora de la verdad el

³⁵⁴⁰Cfr. Rossana ROSSANDA, *La ragazza del secolo scorso*, Torino, Einaudi, 2005, pp. 157-58. Una nota de la Jefatura de Policía de Milán del 14 de marzo de 1956 sobre las actividades de la Casa della Cultura, después de subrayar que «non consta que in estos últimos años haya habido relaciones de cualquier tipo con países del bloque oriental», explica que Mattioli «se orienta hacia posiciones de centro-izquierda pero no milita en ningún partido», Archivio centrale dello Stato, Ministero dell'Interno, Associazioni G 1944-1986, b. 205.

³⁵⁴¹Rossana ROSSANDA, «Di sera si andava in via Borgogna», cit., p. 54. «Faltaba una presencia católica, a pesar de las convergencias que hubo durante la Resistenza. Pero ese era el efecto de un largo pleito (...) según el cual se separaban radicalmente las formas de las culturas laicas de las de la cultura católica. También había resistencias en la federación comunista, en aquel momento fuertemente obrerista, con respecto a una atmosfera cultural que podía parecer de un enciclopedismo ilustrado laico e democrático. Sé que incluso algunas iniciativas filosóficas de estilo *banfiano* se miraban [desde la Federación milanés del PCI, n. d. r.] con recelo, ya que aunque acrecentaban el prestigio cultural del antifascismo podían poner en la sombra de la lección histórica del marxismo y por ende diluir la imagen ideológica del Partido», cit. en Fulvio PAPI *La memoria ostinata*, Milano Viennepierre, p. 18. Ya en 1941 Banfi afirmaba «la cultura milanés nace en ocasión de los movimientos universales, profundamente innovadores, que tengan un amplio eco en la vida concreta, y participa de ellos. Por ello la cultura milanés se afirma en realidad con la Ilustración, una Ilustración sin ideologismos dogmáticos, prudente y positivo desde un punto de vista teórico, un tanto escéptico y vigorosamente práctico al mismo tiempo», en: Antonio BANFI, *Scritti letterari*, Roma, Editori Riuniti, 1970, pp. 259-262.

³⁵⁴²Fulvio PAPI: *La memoria...*, cit., pp. 248-49.

³⁵⁴³La propia Rossana Rossanda, juntamente a Giangiacomo Feltrinelli, Marcello Venturi, Luigi Cortesi, Giuseppe Del Bo, Enzo Modica, Giuliano Procacci, Vando Aldrovandi y a un joven Achille Occhetto llevó a la sede milanés de

dirigente quizás de más peso que abandonó en ese momento el partido (para adherir poco después al PSI) fue Antonio Giolitti³⁵⁴⁴.

Sin embargo, el impacto en el mundo intelectual de la izquierda fue mucho más devastador. Más de cien intelectuales firmaron un documento muy crítico con el la manera en que el PCI había gestionado los acontecimientos³⁵⁴⁵. El documento, pensado para ser publicado en las páginas de L'Unità pero fue filtrado antes y por ello una parte de los firmantes comunistas se desdijeron considerando que se había violado la idea de que fuera un instrumento de reflexión y no un ataque. Sin embargo la crítica de los intelectuales no militantes, de aquellos que habían sido «compañeros de viaje» del PCI se mantuvo firme. Muchos rompieron con el Partido de manera más o menos eclatante, como en el caso de Italo Calvino.

Todo ello evidentemente tuvo repercusiones en la vida de la institución. Durante ese año tan rico en acontecimientos, el centro intentó seguir a la ola de los hechos y las emociones, redoblando su actividad. Ese año vio la participación en las actividades del Centro de personajes de gran prestigio intelectual, de Bertolt Brecht³⁵⁴⁶ a Georg Lukács. Por otra parte, se dio espacio a dirigentes socialistas, como el joven Bettino Craxi (que habló el 5 de octubre -justo entre la crisis polaca y la húngara- sobre el tema «Problemas de Unidad Socialista») o el historiador socialista Gaetano Arfé. En definitiva, la receta de Rossanda y de los miembros de la junta había sido la de asumir los riesgos de un debate que podía ser del todo desgarrador, pero que seguramente sería mejor de un silencio que compactaría posiciones antagónicas, haciéndolas impermeables. Fue este el planteamiento del gran debate público sobre los hechos húngaros que se celebró en via Borgogna el 20 de noviembre de, 1956. Participaban Mario Alicata, responsable de la política cultural del PCI³⁵⁴⁷, y el socialista Lelio Basso. En el recuerdo de la Rossanda, la situación era muy tensa:

Esa noche, después de una reunión triste y difícil en los suburbios - ese año llegó el primer cabello blanco - volví a medianoche y bajé las escaleras de vía Borgogna; Había una gran multitud y oí la voz de Alicata que tronó: «... porque en este momento el ejército soviético es la defensa de la independencia de Hungría». Dios mío. La sala rugía [...] A la mañana siguiente,

L'Unità para que fuera publicado un documento crítico con la URSS, en el cual se recordaba como era imposible tachar de contrarrevolucionario un movimiento que había visto la participación de tantos trabajadores. El documento no fue finalmente publicado. Occhetto recuerda así esos momentos: «(...) recuerdo muy bien la alternancia de noticias, el sacrificio de los rebeldes, la brutalidad de lo que se llamó el «terror blanco»: todo esto contribuyó a crear esta tensión contradictoria de sentimientos opuestos. Con este estado de ánimo redactamos el documento que traje a Lajolo [director de la redacción milanese de L'Unità, n. d. r.], pero eso nunca se publicó. En esos días debíamos defender la sede de la federación del partido milanés. Hubo un ataque fascista: arrojaron piedras contra nosotros y nosotros las volvimos a lanzar desde la gran escalera que estaba frente al cuartel general de la federación. Recuerdo haber peleado esta batalla con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta; al lado de los estalinistas; insultando a los estalinistas, pero al mismo tiempo luchando con ellos». Cit. en: Enrico CARNEVALI: «I fatti d'Ungheria e il dissenso degli intellettuali di sinistra. Storia del manifesto dei "101"», *Micromega* 6/2006.

³⁵⁴⁴ Sobre la figura de Antonio Giolitti, véase Gianluca, SCROCCU *Alla ricerca di un socialismo possibile. Antonio Giolitti dal PCI al PSI*, Carocci, Roma, 2013.

³⁵⁴⁵ El manifiesto ha pasado a la historia con el nombre de Manifiesto dei 101. Entre los firmantes había intelectuales como Spriano, Cafagna, Muscetta, Melograni, Aymonino, Moroni. Sobre toda la polémica véase Vittoria ALBERTINA *Togliatti e gli intellettuali. La politica culturale dei comunisti italiani (1944-1964)*, Carocci, Roma, 2014, especialmente pp. 156 e ss.

³⁵⁴⁶ Rossana ROSSANDA: «Quell'incontro a Milano nel 1956. Bertolt Brecht, pensate a lui con indulgenza», en *Il Manifesto* 5 de julio de 2006.

³⁵⁴⁷ Sobre el papel de Alicata en la dirección de la política cultural del PCI Dario CONSIGLIO, *Il PCI e la costruzione di una cultura di massa. Letteratura, cinema e musica in Italia (1956-1964)*, Milano, Unicopli, 2006, especialmente pp. 48-88.

Franco Fortini [socialista, colaborador del Centro] me envió un telegrama: «Espero que los trabajadores vengan a romperos la cara». Los trabajadores no vinieron, y Franco [Fortini, n. d. r.] volvió, pero nos sentíamos como si los tanques nos hubieran pasado encima a nosotros³⁵⁴⁸.

La cuerda no se rompió tampoco esta vez. En las nuevas elecciones de la Junta del Centro, celebradas en el diciembre del año siguiente, los abandonos por parte socialista habían sido prácticamente nulos y, al contrario la entente entre socialistas y comunistas había salido reforzada. Como relata la misma Rossanda otra vez, quizás la clave había sido mirar de cara la situación, por muy difícil que fuera: «Habíamos tenido el valor de hablar del muerto en casa, y era un esqueleto enorme. Con aquel debate habíamos salvado la institución»³⁵⁴⁹.

¿El laboratorio milanés? A modo de conclusión

El debate sobre la capacidad del antifascismo de crear unos vínculos de valores y pautas compartidas en la reconstrucción del tejido civil (aún antes que político), de la Italia de la segunda posguerra ha sido especialmente profundo en la historiografía italiana a partir de la mitad de los años 90³⁵⁵⁰. Cabe decir que se ha subrayado como las identidades partidistas jugaron un papel decisivo en la politización e, incluso en la alfabetización democrática de las grandes masas populares³⁵⁵¹. Este elemento, en la dinámica del contexto de la Guerra Fría y de la marginación gubernamental del Partido comunista habría llevado a unos sentimientos de pertenencia que a menudo dificultaron de manera insalvable la creación de dinámicas de construcción compartida.

Sin embargo, la tremenda contraposición ideológica que se produjo -y la consiguiente exclusión de los comunistas de las esferas de la gobernabilidad estatal³⁵⁵²- convivió con dinámicas de colaboración o de competición virtuosa tanto en el caso de instituciones locales, y en algunas instituciones culturales. En este sentido, Milán -y concretamente el caso de la Casa de la Cultura-, fueron un laboratorio decisivo.

Entre las razones que ayudan a explicar el por qué ciertamente hay que mencionar la preexistente tradición reformista, la orientación más aplicada de propia concepción de la cultura que favorecía una confrontación jugada sobre objetivos y situaciones concretas. Pero, sobre todo, jugó un papel relevante la experiencia vivida durante los meses de la Resistenza: en buena parte,

³⁵⁴⁸ Rossana ROSSANDA «Di sera si andava in via Borgogna», cit. p. 55.

³⁵⁴⁹ En: Silvia GIACOMONI, *Miseria e nobiltà della ricerca in Italia*, Milano, Feltrinelli, 1979, p. 162.

³⁵⁵⁰ Especialmente polémicos fueron los volúmenes Renzo DE FELICE *Rosso e nero*. Dalai editore, 1995. Ernesto GALLI DELLA LOGGIA *La morte della patria: la crisi dell'idea di nazione tra Resistenza, antifascismo e Repubblica*. Bari, Laterza, 1996. Una respuesta basada sobre la idea de la capacidad de la Resistenza de construir tejido político, cultural y civil conjunto en Pietro SCOPPOLA, *25 aprile: liberazione*. Torino, Einaudi, 1995.

³⁵⁵¹ Angelo VENTRONE. *La cittadinanza repubblicana: forma-partito e identità nazionale alle origini della democrazia italiana (1943-1948)*. Bologna, Il Mulino, 1996.

³⁵⁵² Hace ya más de un cuarto de siglo Sabatucci habló del hecho de que los comunistas, por los imperativos internacionales, habían quedado fuera de la así llamada área de la legitimidad -es decir, de las fuerzas legitimadas a gobernar- pero estaban de pleno derecho en el área de la representación -es decir de las fuerzas presentes en el conjunto de las instituciones democráticas-. Gabriele SABBATUCCI: «La soluzione trasformista. Appunti sulla vicenda del sistema político italiano», en: *Il Mulino*, marzo-abril 1990, p. 172.

los intelectuales que animaron aquella institución -fueran de la orientación que fueran³⁵⁵³-, habían compartido un tiempo político -y también humano-, especialmente intenso.

Entre las muchas consecuencias que tuvo esa experiencia hay que remarcar como mínimo tres.

En primer lugar, la Casa della Cultura fue lugar de sociabilidad y formación de toda una clase dirigente, conectada no sólo con el mundo de la cultura en general sino con el mundo productivo, que sería protagonista -en Milán pero también en el conjunto del país- del llamado boom económico a partir de la segunda mitad de los años 50. En segundo lugar, cabe decir que su función de anillo de conjunción entre una apuesta cultural y política alta y las formas de vertebración de la sociabilidad cultural popular se vio afectada por las consecuencias del boom que en cierta manera había propiciado. Cuando Milán experimentó un crecimiento demográfico sostenido, gracias a la inmigración del Sur del país, la propia fisionomía de la ciudad cambió en sentido metropolitano y las pautas de la sociabilidad política y cultural³⁵⁵⁴ mutaron³⁵⁵⁵, la Casa della Cultura quedó como un referente para los grandes debates³⁵⁵⁶ pero muchas de las actividades vinculadas a la vida cotidiana de la ciudad se descentralizaron en las periferias³⁵⁵⁷.

En segundo lugar, las conexiones amparadas por la Casa de la Cultura dibujaron el perímetro que hizo posible unos años después la afirmación de los gobiernos de centro-izquierda³⁵⁵⁸, que tuvieron un precedente significativo en el gobierno de la capital lombarda a partir de 1960. Finalmente, la Casa de la Cultura, a pesar de que el PCI no volviera a entrar en el gobierno de la ciudad hasta 1975, fue un elemento importante para evitar la marginación política y cultural de los comunistas italianos, en una de las ciudades que vivió cambios decisivos en la modernización del país a lo largo de los años 60.

³⁵⁵³ La matriz *resistencial* pesó también para los círculos católicos, como por ejemplo el Centro Puecher. Como recuerda el padre Camillo de Piaz: «lo que unía esos centros culturales, a pesar de su diversidad ideológica y de sus objetivos era la común raíz *resistencial*, a la cual queríamos mantener fidelidad incluso cuando esto significaría para nosotros no tener vida fácil con las jerarquías eclesiásticas». Véase Giuseppe GOZZINI, *Sulla frontiera. Camillo De Piaz, la Resistenza, il Concilio e oltre*, Milano Scheiwiller, 2006, p. 89.

³⁵⁵⁴ En este sentido, por ejemplo, la difusión de la televisión jugó un papel importante en cambiar la misma función de las Instituciones culturales. La Casa de la Cultura percibió el cambio y se dispuso a analizarlo: por ejemplo el 29 de octubre de 1956 (en plena crisis húngara...) organizó un debate sobre el tema «Lascia e Raddoppia [el concurso televisivo de éxito del momento. N. d. r.] como fenómeno social» con la participación de Cesare Musatti y dos concursantes, el «empleado postal» Walter Marchetti y el psiquiatra Gaddo Treves. En diciembre de 1962, sin embargo, el foco cambió al tema «Censura y televisión», en un debate con la participación de Riccardo Bauer, Alberto Jacometti, Davide Lajolo, Ferruccio Parri, Leopoldo Piccardi y los testimonios de Franca Rame, Dario Fo y Gino Bramieri., Tino Buazzelli, Walter Chiari, Arnoldo Foà, véase Giovanni A. SCIROCCO. «Le fiaccole di Prometeo». *Circoli politico-culturali...*, cit.

³⁵⁵⁵ Sobre este punto, John FOOT, *Milano dopo il miracolo: biografia di una città*, Milano 2003, Feltrinelli, pp. 37-41.

³⁵⁵⁶ Silvia GIACOMONI, *Miseria e nobiltà della...*, cit., p. 171.

³⁵⁵⁷ A la mitad de los años 60 existían en la ciudad más de veinte círculos culturales periféricos. Véase Umberto MELOTTI, Umberto *et al.*, *Cultura e partecipazione sociale nella città in trasformazione*. Milano, La Culturale, 1966.

³⁵⁵⁸ Las resistencias de los aliados norteamericanos a la entrada del PSI en el gobierno fue destacada. Véase Umberto GENTILONI SILVERI. *L'Italia e la nuova frontiera: Stati Uniti e centro sinistra: 1958-1965*. Bologna Il Mulino, 1998.